

# A la muerte del maestre de Santiago don Rodrigo Manrique, su padre

[Poema - Texto completo.]

Jorge Manrique

Recuerde el alma dormida,  
avive el seso y despierte,  
contemplando  
cómo se passa la vida,  
cómo se viene la muerte  
tan callando;  
cuán presto se va el plazer,  
cómo después, de acordado,  
da dolor;  
cómo, a nuestro parescer,  
cualquiera tiempo pasado  
fue mejor.

Y pues vemos lo presente  
cómo en un punto s'es ido  
y acabado,  
si juzgamos sabiamente,  
daremos lo no venido  
por pasado.  
No se engañe nadie, no,  
pensando que ha de durar  
lo que espera,  
más que duró lo que vio,  
porque todo ha de passar  
por tal manera.

Nuestras vidas son los ríos  
que van a dar en la mar  
que es el morir;  
allí van los señoríos  
derechos a se acabar  
y consumir;  
allí los ríos caudales,  
allí los otros, medianos  
y más chicos,  
allegados son iguales  
los que viven por sus manos

y los ricos.

Dexo las invocaciones  
de los famosos poetas  
y oradores;  
no curo de sus ficciones,  
que traen yerbas secretas  
sus sabores.  
A Aquél solo me encomiendo,  
Aquél solo invoco yo,  
de verdad,  
que en este mundo viviendo  
el mundo no conoció  
su deidad.

Este mundo es el camino  
para el otro, que es morada  
sin pesar;  
mas cumple tener buen tino  
para andar esta jornada  
sin errar.  
Partimos cuando nascemos,  
andamos mientras vivimos,  
y llegamos  
al tiempo que fenescemos;  
assí que, cuando morimos,  
descansamos.

Este mundo bueno fue  
si bien usáremos dél  
como debemos,  
porque, según nuestra fe,  
es para ganar aquél  
que atendemos.  
Y aun el hijo de Dios,  
para sobirnos al cielo,  
descendió  
a nascer acá entre nos  
y vivir en este suelo  
do murió.

Ved de cuán poco valor  
son las cosas tras que andamos  
y corremos,  
que, en este mundo traidor,  
aun primero que muramos,  
las perdemos:  
dellas deshaze la edad,

dellas casos desastrados  
que acaescen,  
dellas, por su calidad,  
en los más altos estados  
desfallescén.

Dezidme, la hermosura,  
la gentil frescura y tez  
de la cara,  
la color y la blancura  
cuando viene la vejez,  
¿cuál se para?  
Las mañas y ligereza  
y la fuerça corporal  
de juventud,  
todo se torna graveza  
cuando llega al arrabal  
de senectud.

Pues la sangre de los godos,  
el linaje y la nobleza  
tan crescida,  
¡por cuántas vías y modos  
se sume su gran alteza  
en esta vida!  
Unos, por poco valer,  
por cuan baxos y abatidos  
que los tienen;  
otros que, por no tener,  
con oficios no debidos  
se mantienen.

Los estados y riqueza  
que nos dexan a deshora  
¿quién lo duda?  
No les pidamos firmeza,  
pues que son de una señora  
que se muda;  
que bienes son de Fortuna  
que revuelve con su rueda  
presurosa,  
la cual no puede ser una,  
ni estar estable ni queda  
en una cosa.

Pero digo que acompañen  
y lleguen hasta la huesa  
con su dueño:

por esso no nos engañen,  
pues se va la vida apriessa  
como sueño.

Y los deleites de acá  
son, en que nos deleitamos,  
temporales,  
y los tormentos de allá,  
que por ellos esperamos,  
eternales.

Los plazer y dulçores  
desta vida trabajada  
que tenemos,  
¿qué son sino corredores  
y la muerte, la celada  
en que caemos?  
No mirando a nuestro daño,  
corremos a rienda suelta  
sin parar;  
desque vemos el engaño  
y queremos dar la vuelta,  
no hay lugar.

Si fuesse en nuestro poder  
tornar la cara fermosa  
corporal,  
como podemos hazer  
el ánima gloriosa  
angelical,  
¡qué diligencia tan viva  
toviéramos toda hora,  
y tan presta,  
en componer la cativa,  
dexándonos la señora  
descompuesta!

Essos reyes poderosos  
que vemos por escrituras  
ya passadas,  
con casos tristes, llorosos,  
fueron sus buenas venturas  
trastornadas.  
Assí que no hay cosa fuerte,  
que a papas y emperadores  
y perlados,  
assí los trata la muerte  
como a los pobres pastores

de ganados.

Dexemos a los troyanos,  
que sus males no los vimos  
ni sus glorias;  
dexemos a los romanos,  
aunque oímos y leímos  
sus historias.

No curemos de saber  
lo de aquel siglo pasado  
qué fue d'ello;  
vengamos a lo de ayer,  
que también es olvidado  
como aquello.

¿Qué se hizo el rey don Juan?  
¿Los Infantes de Aragón,  
qué se hizieron?  
¿Qué fue de tanto galán?  
¿Qué fue de tanta invención  
como truxieron?

Las justas y los torneos,  
paramentos, bordaduras  
y cimeras,  
¿fueron sino devaneos?,  
¿que fueron sino verduras  
de las eras?

¿Qué se hizieron las damas,  
sus tocados, sus vestidos,  
sus olores?

¿Qué se hizieron las llamas  
de los fuegos encendidos  
de amadores?

¿Qué se hizo aquel trovar,  
las músicas acordadas  
que tañían?

¿Qué se hizo aquel dançar,  
aquellas ropas chapadas  
que traían?

Pues el otro, su heredero,  
don Enrique, ¡qué poderes  
alcançaba!,  
¡cuán blando, cuán halaguero  
el mundo con sus plazer  
se le daba!

Mas veréis, ¡cuán enemigo,

cuán contrario, cuán cruel  
se le mostró;  
habiéndole sido amigo,  
¡cuán poco duró con él  
lo que le dio!

Las dádivas desmedidas,  
los edificios reales  
llenos de oro,  
las vaxillas tan febridas,  
los enriques y reales  
del tesoro,  
los jaezes y caballos  
de su gente, y atavíos  
tan sobrados,  
¿dónde iremos a buscarlos?;  
¿qué fueron, sino rocíos  
de los prados?

Pues su hermano, el inocente  
que, en su vida, sucesor  
se llamó,  
¡qué corte tan excelente  
tuvo y cuánto gran señor  
que le siguió!  
Mas, como fuese mortal,  
metióle la muerte luego  
en su fragua.  
¡Oh, juizio divinal!,  
cuando más ardía el fuego  
echaste agua.

Pues aquel gran Condestable,  
maestre que conoscimos  
tan privado,  
no cumple que dél se hable,  
sino solo que lo vimos  
degollado.  
Sus infinitos tesoros,  
sus villas y sus lugares,  
su mandar,  
¿qué le fueron sino lloros?,  
¿fuéronle sino pesares  
al dexar?

Pues los otros dos hermanos,  
maestres tan prosperados  
como reyes,

que a los grandes y medianos  
truxeron tan sojuzgados  
a sus leyes;  
aquella prosperidad  
que tan alto fue subida  
y ensalzada,  
¿qué fue sino claridad  
que, estando más encendida,  
fue amatada?

Tantos duques excelentes,  
tantos marqueses y condes,  
y barones  
como vimos tan potentes,  
di, Muerte, ¿dó los escondes  
y traspones?  
Y las sus claras hazañas  
que hizieron en las guerras  
y en las pazes,  
cuando tú, cruda, te ensañas,  
con tu fuerça las at ierras  
y deshazes.

Las huestes innumerables,  
los pendones y estandartes  
y banderas,  
los castillos impugnables,  
los muros y baluartes  
y barreras,  
la cava honda, chapada,  
o cualquier otro reparo  
¿qué aprovecha?  
Que si tú vienes airada,  
todo lo passas de claro  
con tu flecha.

Aquel, de buenos abrigo,  
amado por virtuoso  
de la gente,  
el maestre don Rodrigo  
Manrique, tan famoso  
y tan valiente;  
sus grandes hechos y claros  
no cumple que los alabe,  
pues los vieron,  
ni los quiero hazer caros,  
pues el mundo todo sabe

cuales fueron.

¡Qué amigo de sus amigos!  
¡Qué señor para criados  
y parientes!  
¡Qué enemigo de enemigos!  
¡Qué maestro de esforçados  
y valientes!  
¡Qué seso para discretos!  
¡Qué gracia para donosos!  
¡Qué razón!  
¡Qué benigno a los sujetos,  
y a los bravos y dañosos,  
un león!

En ventura, Octaviano;  
Julio César, en vencer  
y batallar;  
en la virtud, Africano;  
Aníbal, en el saber  
y trabajar;  
en la bondad, un Trajano;  
Tito, en liberalidad  
con alegría;  
en su brazo, Aureliano;  
Marco Atilio, en la verdad  
que prometía.

Antonio Pío, en clemencia;  
Marco Aurelio, en igualdad  
del semblante;  
Adriano, en elocuencia;  
Teodosio, en humanidad  
y buen talante;  
Aurelio Alexandre fue  
en disciplina y rigor  
de la guerra;  
un Costantino, en la fe;  
Camilo, en el gran amor  
de su tierra.

No dexó grandes tesoros,  
ni alcanzó grandes riquezas  
ni vaxillas,  
mas hizo guerra a los moros  
ganando sus fortalezas  
y sus villas.  
Y en las lides que venció,

muchos moros y caballos  
se perdieron,  
y en este oficio ganó  
las rentas y los vasallos  
que le dieron.

Pues por su honra y estado,  
en otros tiempos passados,  
¿cómo se hubo?:  
Quedando desamparado,  
con hermanos y criados  
se sostuvo.

Después que hechos famosos  
hizo en esta dicha guerra  
que hazía,  
hizo tratos tan honrosos  
que le dieron aun más tierra  
que tenía.

Estas sus viejas estorias  
que con su brazo pintó  
en la joventud,  
con otras nuevas victorias  
agora las renovó  
en la senectud.

Por su gran habilidad,  
por méritos y ancianía  
bien gastada,  
alcanzó la dignidad  
de la gran caballería  
de la Espada.

Y sus villas y sus tierras,  
ocupadas de tiranos  
las halló,  
mas por cercos y por guerras,  
y por fuerza de sus manos  
las cobró.

Pues nuestro Rey natural,  
si de las obras que obró  
fue servido,  
dígalo el de Portugal,  
y en Castilla quien siguió  
su partido.

Después de puesta la vida  
tantas vezes por su ley  
al tablero,

después de tan bien servida  
la corona de su Rey  
verdadero,  
después de tanta hazaña  
a que no puede bastar  
cuenta cierta,  
en la su villa de Ocaña  
vino la Muerte a llamar  
a su puerta.

Diziendo: “Buen caballero,  
dexad el mundo engañoso  
y su halago,  
vuestro corazón de azero  
muestre su esfuerço famoso  
en este trago;  
y pues de vida y salud  
hezistes tan poca cuenta  
por la fama,  
esforçad vuestra virtud  
para sufrir esta afruenta  
que os llama.

“No se os haga tan amarga  
la batalla temerosa  
que esperáis,  
pues otra vida más larga  
de fama tan gloriosa  
acá dexáis.  
Aunque esta vida de honor  
tampoco no es eternal  
ni verdadera,  
mas con todo es muy mejor  
que la otra temporal,  
perescedera.

“EI vivir que es perdurable  
no se gana con estados  
mundanales,  
ni con vida deleitable  
en que moran los pecados  
infernales.  
Mas los buenos religiosos  
gánanlo con oraciones  
y con lloros;  
los caballeros famosos,  
con trabajos y aflicciones

contra moros.

“Y pues vos, claro varón,  
tanta sangre derramastes  
de paganos,  
esperad el galardón  
que en este mundo ganastes  
por las manos;  
y con esta confiança,  
y con la fe tan entera  
que tenéis,  
partid con buena esperanza,  
que esta otra vida tercera  
ganaréis”.

Responde el Maestro

“No gastemos tiempo ya  
en esta vida mezquina  
por tal modo,  
que mi voluntad está  
conforme con la divina  
para todo;  
y consiento en mi morir  
con voluntad plazerera,  
clara y pura,  
que querer hombre vivir,  
cuando Dios quiere que muera,  
es locura.”

Oración

“Tu, que por nuestra maldad  
tomaste forma servil  
y baxo nombre;  
Tú, que a tu divinidad  
juntaste cosa tan vil  
como el hombre;  
Tú, que tan grandes tormentos  
sufriste sin resistencia  
en tu persona;  
no por mis merescimientos,  
mas por tu sola clemencia,  
me perdona.”

Cabo

Así, con tal entender,  
todos sentidos humanos

conservados,  
cercado de su mujer,  
y de hijos, y hermanos,  
y criados,  
dio el alma a quien gela dio,  
ei cual la ponga en el cielo  
en su gloria.  
Y aunque la vida murió,  
nos dexó harto consuelo  
su memoria.